

LA CULTURA DE LA RESIGNACIÓN EN EL CONTEXTO DE LAS CRISIS EXISTENTES.

Bryan Ramírez Baeza¹

¿Qué más nos queda? – Expresó Leonel² al secarse las lágrimas de los ojos después de decirme que no tenía luz eléctrica desde hace un mes. – *No podemos encerrarnos nada más, tengo que ir a ver los animales, y el hambre ahí sigue. Mi esposa anda mal porque me la mordió un perro y ¿qué hacemos? Nomás queda apretarse el cinturón y buscar la papa, aun con la enfermedad esa (Covid-19)³.*

Sin lugar a dudas, la situación de salud pública por la que atraviesa el país con el paso del virus Sars – CoV 2 y su enfermedad manifiesta Covid-19 ha generado nuevas formas de estructurar el quehacer de la vida social y motivado a los sujetos a utilizar su creatividad para seguir con la vida y su subsistencia.

Sin embargo, existen escenarios de la vida social cuya motivación y creatividad ha quedado en el olvido toda vez que el contexto no ofrece más alternativas que afrontar la realidad tal cual es, sin pizca de esperanza, y hacer frente a las actividades cotidianas con el riesgo que esto significa. No se me ocurre otra manera de llamarlo que la cultura de la resignación, la de agregar a su vida un nuevo tema de preocupación, la de la aceptación.

¿Qué es esto de la cultura de la resignación? Los diferentes ambientes en los que se desarrolla el hombre a lo largo de su vida cotidiana exigen un mínimo de resignación en sus necesidades y sus problemáticas, que van desde aspectos de consumo y entretenimiento hasta las más básicas como el alimento o la vivienda.

En el continuo desarrollo de la vida el sujeto debe encontrar la manera de abastecer dicha necesidad, pero ¿qué pasa cuando no? En el sentido estricto de la conducta, tal vez lo más elocuente sea la búsqueda de la satisfacción de todas las necesidades desde diversas estrategias que van desde el desarrollo económico, el apoyo de las instituciones gubernamentales, entre otras. Sin embargo, para el grupo de aquellos a los que todas estas

¹ Licenciado en Sociología de la Universidad Autónoma de Querétaro, Maestrando en Educación.

² Habitante de Piñicuro, comunidad rural del municipio de Moroleón, Guanajuato.

³ L. Ramírez, comunicación personal, 1 de mayo de 2020.

estrategias han resultado poco favorables, no queda más que el reconocimiento de una verdad innegable: la del peso estructural de transformar individualmente su calidad de vida.

Para el caso específico de la sociedad de Moroleón, y todas aquellas que se le asemejen, la situación estructural refleja la complejidad de la vida: una ciudad basada en la producción, manufactura y venta de textiles que tiene como base el empleo informal y a destajo, liderado laboralmente por mujeres que no gozan de garantías laborales ni salarios fijos, cuya jornada laboral se extiende hasta más de 15 horas de actividad y, oportunamente, se desarrolla en los hogares de las mismas mujeres.

Y así, para ese caso específico, y todos sus similares en el país, el sujeto se enfrenta con la situación concreta de ofrecerse a sí mismo alternativas de subsistencia, de la suya y la de su mundo, adaptándose a la nueva necesidad de hacer frente a algo que, de nuevo, parece no estar en sus manos.

La cuestión *¿Qué nos queda?* nos orilla a pensar de que el sujeto, en este punto de su vida y en esta etapa de nueva crisis (una que se agrega a todas las demás que ya se viven en el país), no tiene otra salida más que la de aceptar su condición de desfavorecido y hacer lo que tenga a su alcance para sobrellevar la depresión. *Y ¿qué hacemos?* Lo que se ha hecho siempre: trabajar. Sin prestaciones ni salarios fijos, sin protección a los derechos laborales, sin contrato, sin seguridad social. Trabajar sin reconocer el paso del tiempo pues la jornada laboral tiene más de ocho horas y se mide según la producción y el destajo.

Esa renuncia a las demás posibilidades que pudieran exigir llevan al sujeto a resignarse a vivir con el peso de la depresión, la de salud y la económica, la del terror y de la incertidumbre, la de tener que seguir viviendo porque no queda nada más.

Y esta también esta renuncia la génesis de la cultura de la resignación, pues ésta misma orienta al sujeto a prescindir de su creatividad por crear condiciones alternas y diferentes, sometiéndose y disciplinándose al modelo que conoce perfectamente, el del trabajo con todos sus riesgos.

La cultura de la resignación ofrece al sujeto la oportunidad de ser el mártir de su generación, y esta misma cultura es la que hace que el sujeto haga caso omiso de los riesgos, pero no por rebeldía, sino porque su situación estructural lo lleva a ello. Y así,

motivado por el hambre, la incertidumbre, la necesidad y una mínima pizca de esperanza en volver «a la normalidad», lava sus manos de culpa y regresa a la labor: la mujer, entrar a la triple jornada laboral como ama de casa, maquiladora y educadora por extensión de la educación en casa; el hombre en busca de cualquier trabajo a pie de calle, ahora en la construcción, ahora en el comercio, ahora en lo que quede.

La resignación es, pues, agregarle solo una preocupación más a la canasta de incertidumbres que ya carga el sujeto, es adaptarse, ser dócil, adaptarse a la situación y reformar su ritmo y forma de vida frente a la impotencia de transformar su estructura y su realidad. Y así, la identidad y la cultura se muestran vulnerables y moldeables a cualquier transformación sistémica, tras la ausencia de esperanza y oportunidad.

Todo lo anterior se ha escrito con la idea de mostrar, ilustrar y tal vez describir la situación que se vive dentro de una ciudad industrial presionada por la economía informal, como muchas del país, situación que acentúa las desigualdades sociales y deja claro que, para aquellos que no pueden resguardarse en casa porque la vida su condición económica no se los permite, no hay más salida que la de la resignación.

Y resignarse es eso: es negar la presencia del virus, es negar la posibilidad de contagio, es negar las indicaciones de la secretaria de salud y adoptar nuevas formas de vida que permitan seguir reproduciendo aquella que puede garantizarles un ingreso: la del trabajo. Resignarse es también negar la rebeldía que fortalece la esperanza de un nuevo inicio, es adoptar las reformas de la vida cotidiana y seguir, sin tener claro a dónde o por qué, solo seguir. Resignarse es aprender a vivir «*lo que nos tocó vivir*».

Para estas sociedades de la resignación, solo se ha agregado el cubre bocas a las obligaciones de la labor cotidiana y una preocupación más a la vida de los resignados.

Referencias

- Maza Díaz Cortez, O., Ortiz Lazcano, D., Pérez Amador, A., Gutiérrez Juárez, E., García Macías, A. & Pasillas López, O. (2015) *En el mismo barco, reflexiones sobre la producción, el trabajo y las redes sociales: el caso de Uriangato, Guanajuato*. Aguascalientes, Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Ramírez, B. (2019) *Entre hilos, trastes... Suspiros. Reflexiones en torno a la labor productiva y reproductiva de la mujer y su papel en el desarrollo de la industria textil moroleonesa*. México. Archivo General Municipal de Moroleón.